

INCIDENCIA DE LA DOCTRINA CONTRARREFORMISTA
EN LA ESTRUCTURA ARGUMENTAL
DE LA *JERUSALÉN CONQUISTADA*

FELISA GUILLÉN
University of California

La *Jerusalén Conquistada*, publicada en Madrid en 1609, representa el cuarto y más ambicioso intento de Lope de Vega en el campo de la poesía épica.¹ Es ésta una epopeya histórica, en la que, al hilo de la narración de la III Cruzada, se reivindica el protagonismo de la monarquía española en la historia de la cristiandad y, más concretamente, en la multiseccular lucha contra el infiel. Se funden así el afán patriótico, característico de la épica europea del momento, y el fervor religioso, nacido de la Reforma Tridentina, en una epopeya que, en cuanto al tema y a la inspiración, es claramente deudora de la *Gerusalemme Liberata* de Torquato Tasso. Existe, por tanto, una gran incidencia en el poema de las corrientes ideológicas que circulaban en España en los últimos años del siglo XVI y, en especial, de aquellas que caracterizaban el pensamiento contrarreformista. Así, se aprecia en la *Jerusalén Conquistada* la preocupación de su autor por la problemática conciliación de las teorías en torno al libre albedrío y la predestinación divina, vigentes en el momento, al igual que su defensa del dogma de la Inmaculada Concepción, definido ya por numerosos teólogos, pero aún no proclamado oficialmente por la Iglesia.

Es la primera de estas cuestiones, la referente al establecimiento del grado de determinación que la gracia divina ejerce sobre la voluntad humana, la que mayor impacto tiene en la *Jerusalén Conquistada*, encontrándose representadas en el poema las dos argumentaciones principales que dividieron y enfrentaron a los teólogos contrarreformistas. Semejante dualidad interpretativa, cuyas prime-

1. Las citas de la *Jerusalén Conquistada* corresponden a la edición, en tres volúmenes de Joaquín de Entrambasaguas, Madrid, CSIC, 1951.

ras manifestaciones tuvieron lugar hacia 1588, se materializó rápidamente en una serie de debates entre jesuitas y dominicos, conocidos como «Disputas de Auxiliis», en los que participaron no sólo las facultades teológicas españolas, sino también diversas universidades europeas. La magnitud cobrada por esta controversia en territorio peninsular, hizo necesaria la intervención de Felipe II y del Santo Oficio y, ante su fracaso, la del propio Papa, quien, en 1597, convocó a cardenales y teólogos en las llamadas «Congregaciones de Auxiliis». Por mediación de estas comisiones se produjeron diferentes encuentros entre jesuitas y dominicos, quienes exponían y refutaban los argumentos de sus respectivas tesis. Al fin, considerando los escasos resultados obtenidos en dichas reuniones y la vehemencia con que se estaba llevando a cabo la disputa, Pablo V disolvió en 1607 las «Congregaciones de Auxiliis», dando por terminado el debate.

Esta somera descripción del desarrollo histórico de las «Disputas de Auxiliis», permite vislumbrar su trascendencia en la España de los últimos años del s. XVI y principios del XVII, período en que se gesta y compone la *Jerusalén Conquistada*, explicándose así claramente su amplia resonancia en el poema. Para apreciar el impacto de estas «Disputas de Auxiliis» en el argumento de la *Jerusalén Conquistada*, se hace necesaria una breve enunciación de los principios fundamentales sobre los que jesuitas y dominicos asentaban sus tesis. En líneas generales, y de acuerdo al sistema molinista, se puede afirmar que los jesuitas acentúan el valor de la voluntad humana, insistiendo en su carácter dinámico y oponiéndose, por tanto, a la predestinación «ante previsa merita». Defienden, por tanto, que ningún adulto es predestinado a la vida eterna a no ser por sus propios méritos, ya que la gracia suficiente a todos otorgada, se hace eficaz por el concurso libre del hombre, pero no sin que Dios lo haya previsto y querido. Los dominicos, por su parte, insisten en el poder absoluto de Dios, declarando, según lo establecido en el sistema bañeciano, la total determinación de la voluntad divina sobre la libertad humana y aceptando, sin paliativos, la predestinación a la gloria. Sostienen, por consiguiente, que la gracia eficaz, que reduce la potencialidad de la voluntad al acto sobrenatural y salvífico, es solamente otorgada a aquellos que Dios ama con amor de predilección, estando éstos, con independencia de sus méritos, predeterminados a la vida eterna.²

Como se ha visto anteriormente, la armonización de las dos tesis resultó inviable, sin que tampoco se produjera la exaltación o la condena oficial de ninguna de ellas. Esta misma indeterminación con que la «Disputa de Auxiliis» se resuelve, caracteriza también a la *Jerusalén Conquistada*, donde las dos posturas teológicas aparecen igualmente representadas. La expresión de semejante dualidad interpretativa respecto a la determinación del grado de incidencia de la gracia divina sobre la voluntad humana, se logra en el poema mediante el esta-

2. *Historia de la teología española*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1987, pp. 9-74.

blecimiento de dos líneas argumentales bien definidas. Así, existe, como veremos a continuación, un subargumento trágico en cuyo desarrollo se advierte la presencia del fatalismo y la predestinación como elementos operativos esenciales. Junto a éste, discurre paralelo un subargumento épico en el que el libre albedrío es el principio gobernante.

Los episodios que conforman la primera vertiente argumental aparecen invariablemente calificados de «trágico» o de «tragedia», distinguiéndose, de este modo, de aquellos que constituyen la trama puramente épica. Así, entre otros muchos ejemplos, el estado calamitoso en que se encuentra Jerusalén al inicio del poema, induce al poeta a considerar «tragedia agora la ciudad divina» (I,9); la muerte de Sibila sin sucesión da lugar a una «tragedia dolorosa y fuerte» (IV, 147); la maldición que se cumple sobre Jerusalén es la del «trágico profeta» (X, 155); y la muerte de Saladino representa «el acto postrimero/ De la tragedia del oriente triste». (XX, 157). El común denominador de todos estos episodios es su absoluta independencia argumental respecto a aquellos en que la acción tiene como protagonistas a los cruzados procedentes de Europa. El ámbito de la tragedia queda, de este modo, circunscrito a la ciudad de Jerusalén y a sus legítimos moradores y sólo en ellos opera, con dimensiones trágicas, el cautiverio y la muerte. El resorte que produce la catástrofe en que los héroes trágicos se ven inmersos es, según se manifiesta en los versos de la *Jerusalén Conquistada*, la voluntad divina. Consistentemente a lo largo de esta línea argumental, los protagonistas de la tragedia —la reina Sibila, el patriarca Heraclio, los fieles cristianos y la propia Jerusalén— interpretan la fatalidad de su destino como el justo castigo a sus pecados. El *fatum* clásico queda así identificado con la voluntad divina, reflejándose la incidencia en el poema de la concepción providencialista del devenir histórico. Semejante percepción, por parte de los «personajes trágicos», de los designios de la Providencia tiene su fundamento objetivo en la existencia de una serie de profecías, agüeros y sueños visionarios, cuyo cumplimiento es la más rotunda expresión de la voluntad divina.

La mayor parte de las profecías que se mencionan e incluso se reproducen en este subargumento trágico, se encuentran intercaladas en los cuatro primeros libros del poema, y todas ellas se refieren a los vaticinios de Jeremías. De acuerdo a su contenido, Jerusalén no puede oponer resistencia alguna a lo que ya está prefigurado en las Sagradas Escrituras, debiendo, por consiguiente, aceptar su trágico destino:

La profecía que en la edad primera
Se vio Ierusalen executada
Sobre ti lamentando Hieremias
Parece que se cumple en nuestros días.
Yo traeré (dixo Dios) para castigo

Del pueblo de Israel, porque no adore
Idolos a su casa un enemigo
Robusto, y el que del mas lexos more
Que sus viñas, ganado, fruta y trigo,
Sus hijos y hijas miseras devore,
Y humille las ciudades con la espada
En que confia vanamente armada
Si esto es assi parece inobediencia
Al celestial estímulo atrevidos
Con las armas tentar la resistencia
Que manejan tan mallos afligidos.

(II, 67-68-69)

En el cumplimiento de las profecías de Jeremías se insiste varias veces más a lo largo de la *Jerusalén Conquistada*, si bien sólo a través de someras alusiones, ya que el contenido de dichos vaticinios había quedado perfectamente establecido con anterioridad. Simbólicamente, la última profecía bíblica a que se alude en la epopeya no pertenece a Jeremías, sino que proviene de una autoridad profética superior. Así, ante el descabellado intento de algunos cristianos por recuperar la ciudad santa, una vez que dicha empresa ha sido abandonada por los cruzados, el mancebo Gabriel afirma:

Christo Iesus santissimo Profeta
Tu destrucción Ierusalen predijo
Oy tu desierta casa se interpreta
De las palabras que á su pueblo dijo

(XX, 29)

Se aprecia, pues, dentro del subargumento trágico de la *Jerusalén Conquistada* una gradación ascendente en cuanto al valor significativo de las profecías: de la alusión a unas predicciones de autoría indeterminada al inicio del poema, se pasa a la reproducción en el texto de los vaticinios de Jeremías, incorporándose, por último, como ratificación de todo lo anterior, la voz profética del propio Jesucristo. El cautiverio de Jerusalén a manos de Saladino se encuentra, por lo tanto, no sólo prefigurado en el Antiguo Testamento, sino también en el Nuevo, siendo, de este modo, ineludible.

Junto a las profecías de origen bíblico, se da también cabida en el poema a ciertos recursos puramente literarios que insisten, igualmente, en la imposibilidad de eludir el trágico final a que la ciudad y sus habitantes se ven abocados. Entre otros, los sueños y agüeros son los que, de modo pacífico, cumplen dicha función anticipadora. Curiosamente, en la *Jerusalén Conquistada*, ambos recursos aparecen siempre combinados: la expresión verbal de lo acaecido en el sueño se ve refrendada por ciertos hechos, que son interpretados co-

mo agüeros, materializándose inminentemente lo presagiado por ambos. Así, el sueño en que Sibila advierte el trágico final de sus hijos se ve refrendado, fuera del marco onírico, por la visión de un alcotán devorando a las crías de un ruiseñor, quedando, en última instancia, sueño y agüero confirmados por la realidad (JC III, 106-111). La combinación de ambos presagios sirve, por tanto, para incrementar la tensión dramática, a la vez que se enfatiza, con la explicitación de su cumplimiento, el fatalismo que rodea a los héroes trágicos. Sueños y agüeros aparecen, de este modo, caracterizados como vehículos para la interpretación de los designios del destino/providencia, equiparándose su efectividad a la de las profecías bíblicas. A través de todos ellos, la atención se concentra en un futuro —inmediato en el caso de los sueños— cuyo desarrollo ha quedado ya anticipado. Se produce, por tanto, un efecto de circularidad, mediante el cual el desenlace trágico queda justificado de acuerdo a los pronósticos y vaticinios anteriores.

Paralela a este subargumento trágico, discurre la línea argumental propiamente épica de la *Jerusalén Conquistada* que es, sin duda alguna, la de mayor envergadura, ya que en ella se da cabida al grueso de la narración de la III Cruzada. Sus protagonistas son, por tanto, los caballeros europeos que acuden al rescate de los Santos Lugares, encabezados por Federico Barbarosa, Ricardo Corazón de León, Felipe de Francia y Alfonso de Castilla, y el pujante ejército sarraceno dirigido por Saladino. Su actuación, según lo expuesto en la epopeya, no está supeditada al cumplimiento de ciertas profecías bíblicas, sino que, muy por el contrario, su victoria o su derrota dependen únicamente del grado de acomodación del libre proceder de dichos personajes con la voluntad divina. El libre albedrío y la responsabilidad que el ejercicio del mismo comporta, son, como se verá a continuación, los dos aspectos doctrinales sobre los que Lope sustenta el subargumento épico de su *Jerusalén Conquistada* quedando éstos expresados a través de dos recursos principales: la incorporación de ciertos elementos ficticios de carácter profético en la narración de episodios históricos reales, y las continuas intervenciones del poeta narrador.

Uno de los más logrados exponentes del primer recurso mencionado es el relato de la entrevista mantenida entre el rey Ricardo Corazón de León y el abad Joaquín de Fiore en Mesina, camino de Tierra Santa, en 1119. Entre los documentos de la época que recogen dicha entrevista, merecen especial atención las relaciones del cronista inglés Roger Howden, testigo presencial de los hechos. Howden escribió dos versiones de su crónica, la inicial *Gesta Henrici II et Ricard I* y la revisada *Cronica*. En lo que a los vaticinios joaquinistas sobre el éxito de la Cruzada se refiere, existe una clara discrepancia entre las dos versiones. Así, en la *Gesta* se afirma que el abad calabrés profetizó la victoria del Rey Ricardo sobre los sarracenos, mientras que en la *Cronica* se sostiene que, según lo expresado por Joaquín, el momento de reconquistar Jerusalén aún no había llegado. Tal alteración se produjo, sin lugar a dudas, por el escaso éxito obtenido con la III Cruzada, aunque de acuerdo a la interpretación de M. Reeves, esta versión se aproxima más al

contenido del ideario joaquinita, según el cual la derrota de los sarracenos no se produciría hasta muchos años después.³

Muy distinta es, como se aprecia en las siguientes octavas, la versión de los hechos que se ofrece en la *Jerusalén Conquistada*:

Si podeys conservar la paz devida,
O Filipo y Ricardo, inmortal fama:
Y gloria os tiene el cielo apercebida,
No se si la discordia os la derrama
Mientras que no se viere dividida
La paz, que el cielo estima, el mundo infama
Mil vitorias tendreys de varias gentes,
De mil laureles ceñireys las frentes
Veras Ricardo el sacrosanto nido
Del pajar celeste, no el de Arabia,
Si de Ambicion no fueres oprimido,
Sujetaras al que su templo agravia.

(VII, 49-50)

Como se puede observar, las profecías que se ponen en boca del abad calabrés están siempre encabezadas por un «si» o un «mientras» en función condicional —«si podeys conservar la paz devida», «mientras que no se viere dividida», etc.— incidiéndose así, desde un punto de vista ideológico, en la responsabilidad que sobre su destino, y el de la propia Jerusalén, tienen los caballeros cruzados. No existe, por tanto, huella alguna de fatalismo o predestinación en tales vaticinios, siendo el rasgo principal de los mismos su insistencia en la capacidad humana de influir en el curso de los acontecimientos. Lope ofrece, pues, mediante la ficcionalización de este episodio real, una visión de la historia claramente condicionada por el pensamiento jesuítico, al negar cualquier tipo de concepción determinista y defender, de modo rotundo, la doctrina en torno al libre albedrío.

Simultáneamente a la incorporación de estos episodios ficticios de carácter profético, se da también cabida en los últimos libros de la *Jerusalén Conquistada*, a una voz —que no es otra que la del poeta-narrador— que defiende sin reservas la libertad humana, insistiendo, al mismo tiempo, en la responsabilidad que el ejercicio de la misma comporta. Así, entre otros muchos ejemplos, destaca la increpación que el poeta dirige al rey Ricardo, condenando su abandono de la cruzada en los siguientes términos:

3. M. REEVES, *Joachim of Fiore and the prophetic future*, London, SPCK, 1976, p. 23.

Culparte es justo, por aver dejado
La santa empresa en ocasion como esta,
De tus passiones propias engañado
Que el castigo también lo manifiesta:
(XVIII, 97)

Este castigo al que proféticamente alude el poeta-narrador, se materializará acto seguido en una serie de desgracias —naufragio, cautiverio, guerra— a través de los cuales quedará de manifiesto la magnitud de la traición del rey britano. El desarrollo de los acontecimientos sirve, por tanto, para constatar, desde una perspectiva particular, la culpabilidad del rey Ricardo, reafirmando, desde una perspectiva general, la responsabilidad de los seres humanos sobre su propio destino.

De lo expuesto hasta el momento se puede concluir que la conformación de la *Jerusalén Conquistada* como epopeya trágica, con dos vertientes argumentales bien definidas, refleja la incidencia en el poema de las dos principales corrientes teológicas, vigentes en la época, en torno a la problemática conciliación del libre albedrío y la predestinación divina. Así, en el subargumento trágico, el concepto de destino queda subordinado al de providencia, operando en ésta el principio de predestinación «ante previsa merita», defendido por los dominicos. De ahí que el desarrollo de la cruzada esté ya inexorablemente predeterminado en profecías, sueños y agüeros. Sin embargo, en el subargumento épico, el poder operativo de la voluntad humana viene continuamente enfatizado por la voz autoritaria del poeta-narrador, que se hace sentir no sólo de manera directa, sino también a través de la incorporación de ciertos episodios de carácter alegórico. El factor determinante del éxito o el fracaso de la cruzada es, desde esta perspectiva, el propio comportamiento de los caballeros cristianos, acomodándose este presupuesto a la defensa jesuita del libre albedrío.

Al igual que ocurrió en el desarrollo histórico de las «Polemicas de Auxiliis», tampoco se propone en la *Jerusalén Conquistada* prevalencia alguna de una tesis doctrinal sobre otra. El establecimiento de la causa última del fracaso de la cruzada queda, por tanto, en suspenso, desviándose finalmente la atención del lector hacia un futuro, aquel que coincide con el presente de la narración, en el que se podrá llevar a feliz término el proceso inconcluso de la recuperación de Jerusalén.